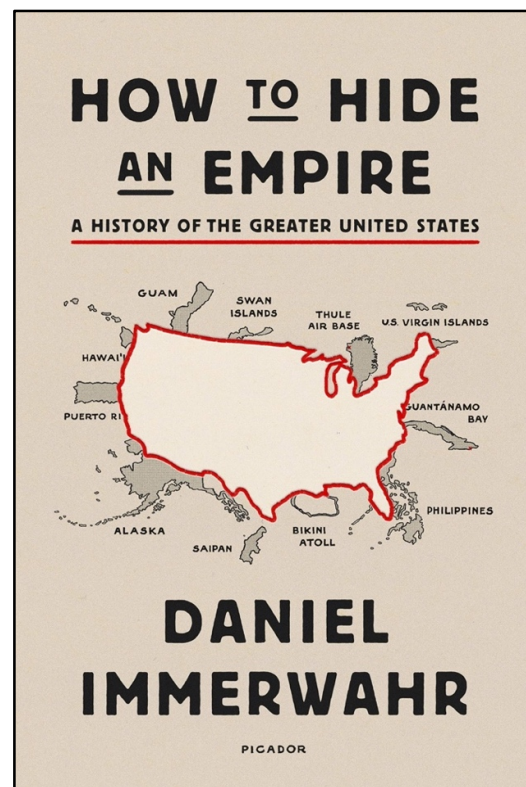


Reseña de *How to Hide an Empire. A History of the Greater United States*, de Daniel Immerwahr, New York: Farrar, Straus and Giroux, 2019; 513 pp.

Por Federico Rayez¹

La reciente publicación de *How to Hide an Empire. A History of the Greater United States* (2019) del historiador norteamericano Daniel Immerwahr plantea una colección de nuevas preguntas y fructíferas observaciones sobre la naturaleza del expansionismo estadounidense desde mediados del siglo XIX hasta el presente. No es un tema nuevo, desde ya, pero el punto de partida de Immerwahr resignifica cuestiones tradicionales de la historiografía de, y sobre, los Estados Unidos de América, tales como la importancia de la frontera, la cuestión del racismo inmanente en muchas políticas y discursos públicos y las acciones y dinámicas de una expansión económica, política y geográfica que la élite nacional ha sostenido desde los primeros años de la independencia. Siguiendo una original narrativa, una mezcla de tesis histórica y *best-seller* literario, Immerwahr comienza a

desarrollar su argumento en torno a la pregunta ¿por qué los norteamericanos niegan y han negado siempre la historia de sus posesiones territoriales (Hawai, Filipinas, Guam, etc.) como parte integrante de su propia historia nacional y de su geografía? Esta negación se produce, dice el autor, pese a toda la evidencia empírica e histórica presente en cualquier biblioteca universitaria del país que atestigüe la extensa y colonial presencia norteamericana en distintas partes del planeta. Y no



¹ Lic. en Sociología (FSOC-UBA), Mg. En Investigación Histórica (UdeSA), Becario Doctoral CONICET/Universidad Nacional de Quilmes.

es que los estadounidenses desconozcan las aventuras militares y tropelías conquistadoras de su gobierno y su élite económica alrededor del mundo. Es, sencillamente, que esa geografía dispersa, esa presencia material, política y cultural que ha ido configurando un “Greater United States”, un agregado de “territories”, nunca es reconocido como parte integrante de los Estados Unidos a secas, el “mainland” como lo llama Immerwahr. Una prueba sencilla de esto es la primacía del “logo map”, la clásica silueta de los EE.UU. que los manuales, mapas y textos escolares han consagrado como la representación pictórica oficial de la geografía nacional:



Este “logo map” no incluye ni a Alaska ni a Hawái, ni a Guam ni a Puerto Rico, los cuales hasta muy avanzado el siglo XX fueron presentados como territorios foráneos, aún cuando oficial o legalmente fueran parte del país. Tampoco figuran representadas las más de 800 bases militares norteamericanas que se reparten en todo el globo, las cuales, miradas en su conjunto forman lo que Immerwahr llama un “imperio puntillista”.

Otro indicio interesante lo halla el autor en los censos realizados por el gobierno federal. Por ejemplo, el de 1941, según el cual vivían en EE.UU. 131.669.275 habitantes, excluyendo explícitamente a los 18.833.023 que habitaban los “territorios foráneos”. Esta exclusión flagrante tiene consecuencias importantes y configura lo que el autor llama “una fotografía familiar estratégicamente recortada”. Si se tienen en cuenta esos casi diecinueve millones de habitantes, la primera minoría étnica ya no sería para la época la población afroamericana, sino la asiática; entre las ciudades norteamericanas importantes ya no figurarían sólo San Francisco o Washington D.C., sino también Manila por caso. Esto explicaría porque el ataque a la base militar de Pearl Harbor en Oahu, Hawái, fue presentado por el presidente F. D. Roosevelt y por la prensa de todo el país, como la agresión más importante, sin mencionar que se trataba de territorio norteamericano ni hacer referencia alguna a los otros ataques japoneses perpetrados el mismo día, como la invasión a Filipinas, las bajas entre los ciudadanos de Manila (formalmente estadounidenses), etc.

Contar esta historia del “Greater United States” contribuye, según el historiador, a esclarecer el tipo específico de imperio que los EE.UU. han construido. Un imperio que no se expresó en la posesión de tierras solamente sino en la expansión de una cadena comercial (“*coca-colonization*”) y en las intervenciones militares (desde 1945 sumaron 211 despliegues de fuerzas de combate en 67 países). A diferencia de otros imperios, EE.UU. adoptó una estrategia de expansión que, luego de la 2ª Guerra Mundial, prescindió de la ocupación de nuevas tierras, y fue centrando su expansión en torno a las tecnologías de comunicación, transportes, etc. Esto habría reemplazado, según Immerwahr, el modo típico de construcción de poder internacional que naciones como Inglaterra o Francia habían seguido. A diferencia de estas naciones, que siempre se reconocieron como imperios (los británicos celebraron sin culpas el *Empire Day* todos los años entre 1902-1958, los franceses consideraron que Argelia era tan francesa como Lyon hasta los años de la Liberación), los norteamericanos nunca aceptaron definir a EE.UU. como una nación imperial. Siguiendo una metodología diferente a la de los imperios clásicos, los EE.UU. han logrado que el mundo hable su idioma e incorpore su cultura.

La propuesta de Immerwahr transita varios caminos y pone el foco en *distintos aspectos de este imperio que no se reconoce como tal*.

Por un lado, el autor ofrece lo que él llama “un retrato completo del país –no como este aparece en sus fantasías, sino como realmente es” (Immerwahr, 2019:26). Esto conlleva un análisis de la actuación norteamericana en cada “territorio” y los dilemas que esta despertó en el seno de un país que se pensó siempre como republicano y respetuoso de la libertad y la soberanía popular. Desde las primeras décadas de vida independiente, los sucesivos gobiernos federales fueron tomando medidas para expandir la frontera hacia el oeste: la compra de Louisiana, la integración de territorios mexicanos y del estado de Texas, más tarde la compra de Alaska, la ocupación de los restos del imperio español, y de un centenar de islas en el océano Pacífico, etc. Este proceso implicó un lento despliegue en el que los territorios anexados pasaron a gozar del estatuto de la estatalidad, hasta cierto límite y con salvedades importantes. Para presidentes como G. Washington y T. Jefferson, esa expansión era necesaria pero debía hacerse bajo control de la élite blanca terrateniente, de modo ordenado y compacto, por lo que las nuevas tierras fueron bautizadas como territorios, no estados. Se estableció por ejemplo que un territorio debía contar con cinco mil hombres libres para que se le concediera una legislatura, y con sesenta mil habitantes para ascender a la categoría de estado, lo cual sin embargo nunca fue automático. Lo importante es que esta figura, el territorio, marcó un precedente importante para la mecánica de ocupación de tierras sin reconocimiento legal. Como dice Immerwahr: “Esto significa que desde el día uno, los Estados Unidos de América fueron más que una unión de estados. Fueron una amalgama de estados y territorios”. (2019:51).

Un cambio importante en este proceso fue la sucesiva y creciente apropiación por parte del gobierno y empresas norteamericanas de pequeñas islas tanto en el océano pacífico como en el atlántico. Immerwahr estima que entre 1840-1900 EE.UU. se hizo del control de 96 islas. Con el objeto de acceder a depósitos naturales de guano y fosfato, poderosos fertilizantes, el gobierno federal amparó la ocupación de estas “micro islas” por parte de empresas de ultramar ansiosas de comerciar con estas materias. Mediante legislación y disposiciones presidenciales, dichas minúsculas porciones de tierra marina fueron reconocidas como territorio norteamericano pero no completamente: eran demasiado pequeñas para ser pobladas, y por otro lado las empresas guaneras se dedicaron a sobre explotar a los trabajadores con largas jornadas de trabajos y bajo un estado de terror cuasi esclavista. El guano era necesario para incrementar la producción agrícola presionada por el aumento demográfico,² lo que en realidad configura un problema esencial de los EE.UU. en el siglo XIX: el hambre de tierras como impulso para la expansión, y la búsqueda de mercados como continuación de la misma pulsión.

“A diferencia de otros imperios, EE.UU. adoptó una estrategia de expansión que, luego de la 2ª Guerra Mundial, prescindió de la ocupación de nuevas tierras, y fue centrando su expansión en torno a las tecnologías de comunicación, transportes, etc.”

Este acaparamiento silencioso chocó rápidamente con algunas limitaciones y mostró que el proceso expansivo norteamericano tuvo matices y contradicciones. Un episodio que Immerwahr analiza ilustra este punto. Tras un motín en la isla Navassa en 1889, en el que murieron varios guardias y oficiales de las empresas guaneras, varios obreros afroamericanos fueron juzgados y tres de ellos condenados a muerte. El caso, en el que intervino la prensa, la Corte Suprema de Justicia y el presidente Benjamin Harrison (1833-1901), desató el debate sobre la nacionalidad de dichos territorios y sobre la aplicabilidad de las leyes estadounidenses. La cuestión de si las islas eran territorio norteamericano o no fue zanjada por la Corte, que dictaminó por la positiva y confirmó las condenas. Los acusados fueron exonerados por orden del presidente Harrison.

El episodio de Navassa muestra, según Immerwahr, la relevancia de una estrategia de ampliación sustentada en necesidades económicas, lo que veremos reaparecer en varias oportunidades.

El análisis de Immerwahr implica también una reflexión sobre las bases históricas y culturales de ese deseo de expansión de la frontera que ha caracterizado la política norteamericana

² Como recuerda Immerwahr, en 1776, las 13 colonias británicas tenían una población de tres a cuatro millones de habitantes. En 1900 los EE.UU. tenían 76 millones.

desde la independencia de las trece colonias británicas. La pregunta parece ser: *¿desde cuándo, por qué y cómo EE.UU. puso en acto la expansión de su frontera?* La respuesta del autor no apela a la “Doctrina Monroe” o a la ideología del “Destino Manifiesto”, como hacen otros análisis clásicos de la cuestión. Tampoco le presta atención a la centralidad del concepto de frontera en el pensamiento político norteamericano, como en el caso de Greg Grandin (2019), aunque elige abordar la temática de otra manera. Un ejemplo es cómo el autor analiza la figura de Daniel Boone, un explorador que acompañado de otros colonos británicos se lanzó en 1775 a la búsqueda de tierras, aventurándose hacia tierras indias. Boone fue despreciado en su tiempo, considerado por Washington un “banditti”, un filibustero, un elemento “irregular” en lo que debía ser una colonización ordenada. En el transcurso del siglo XIX, tras la compra de Louisiana, la creación del “Indian Country” (en el que fueron confinadas las tribus indias de todo el país) y otras anexiones de tierras, Boone se convirtió en un ícono, un “pionero” (ya no un bandido), un personaje de novelitas y una fuente de inspiración para jóvenes como el futuro presidente Theodore Roosevelt (1858-1919), no solamente cultor de la vida agreste y del scoutismo juvenil, sino un ferviente partidario de la guerra contra España y de una política exterior agresiva. Boone fue el héroe de quienes querían relanzar la expansión de la frontera una vez más y fue tan idealizado como la vida de los “pioneros” y colonos en general. El ejemplo más conocido de esa romantización de la vida del colono es *The Little House on the Prairie*, de la escritora Laura Ingalls Wilder. El tema de una legítima, civilizada y relativamente pacífica expansión de la frontera que esta literatura evoca fue relanzado en varias oportunidades en la medida que la política exterior norteamericana lo demandaba.



Convertidos en personajes de ficción y en series televisivas, Daniel Boone (izq.) y la familia Ingalls (der.) se convertían en cartas de presentación de la cultura norteamericana en los tiempos de la guerra fría.

Un último aporte del libro: Immerwahr piensa a los EE.UU. como un “imperio puntillista”, no un mega territorio, una mancha de aceite en el agua, una superficie capaz de absorberlo todo, como eran los imperios clásicos, sino una estructura global de “puntos”, un esquema a la vez mínimo, por las dimensiones de cada “punto”, y descomunal, por las posibilidades de vigilancia y control que cada “punto” de la red proporciona. Desde la instalación de cientos de bases militares (sobre todo luego de la Segunda Guerra Mundial cuando países como Inglaterra, Alemania, Japón y luego Corea del Sur hospedaron grandes instalaciones militares) hasta la contemporánea extensión de prisiones secretas, instalaciones de vigilancia, bases ocultas, antenas de GPS desperdigadas por el mundo, vuelos de drones, etc., EE.UU. ha montado una cambiante plataforma de poder geopolítico, una red imperial de la que han participado otros países y personas, subordinándose, o bien, resistiendo. La hipótesis del autor es que los EE.UU. han encontrado una dispar suerte en el montaje de esta plataforma, estableciendo su propia dominación pero también estimulando resistencias.

Por ejemplo, la instalación de bases en Inglaterra, Alemania y Japón, aseguró que los EE.UU. consolidaran su hegemonía en Occidente durante la guerra fría y permitió tener ojos y oídos e influencia en la política interna en aquellas naciones, alejándolas del peligro de expansión soviética. Las bases de Inglaterra y Japón fueron núcleos económicos importantes, revitalizaron las relaciones comerciales de EE.UU. con esos países, impulsaron ciertos desarrollos locales (como el caso de Sony en Japón) y resultaron atractivas para todo tipo de negocios. Las bases albergaban a miles de empleados norteamericanos que se convertían en agentes de intercambio cultural como vendedores de discos, libros o técnicas de administración y como compradores de tecnología, como en el caso japonés. Como dice Immerwahr, los soldados norteamericanos apostados en las 200 bases en Japón, bebían cerveza Kirin, compraban cámaras Nikon y motos Honda, mientras el U.S. Army compraba circuitos electrónicos a Sony para construir sus bombas. Asimismo, como también atestigua el caso nipón, el precio que un país pagaba (¿paga?) por albergar estas bases era alto: EE.UU. utilizó a Japón como depósito para sus armas nucleares, como cabeza de playa para todas sus guerras en Asia; los accidentes mortales causados por vehículos militares fueron en aumento, lo mismo que las riñas y violaciones contra la población local; ciudades como Okinawa quedaron durante décadas bajo gobierno norteamericano directo, sin mediaciones ni buenos modos.

Como contrapartida, Immerwahr señala que las bases fueron muchas veces resistidas por las poblaciones locales, por ejemplo, durante las protestas antinucleares de los años sesenta del siglo XX. Y en el caso japonés y alemán, el mundo social y económico constituido por las bases militares norteamericanas alimentó el desarrollo de poderosas industrias tecnológicas y automotrices capaces de competir y finalmente derrotar a las fábricas estadounidenses. Ironía o paradoja que divierte a Immerwahr...

Pero más allá de las clásicas bases militares, los EE.UU. han tendido a cambiar su intervención a través de la instalación de diversos tipos de “puntos”, formando una red de nodos de vigilancia. Esto se hizo evidente en la llamada “guerra contra el terror”, que el autor analiza como una “pointillist warfare” de alcance global: es un combate no entre países sino una serie de ataques contra puntos específicos por medio de drones, aparatos de visión infrarroja, bombas y misiles inteligentes; en esta nueva guerra la distinción entre campo de batalla y territorio de “no batalla” se vuelve confusa, supuestamente desterritorializando la guerra y disminuyendo el número de bajas civiles.

Esta última fase de intervención y expansión de la frontera que los EE.UU. han impulsado, también contribuyó a estimular resistencias a su propio poder, como en el caso del hijo del empresario constructor Mohammed Bin Laden. Como relata Immerwahr, los Bin Laden pasaron de ser socios locales de Aramco (la unión de Standard Oil, Exxon, Mobile y Texaco) en la base militar de Arabia Saudita, a ser entrenados por los EE.UU. en Afganistán para combatir a los soviéticos y luego acabaron liderando la organización al-Quaeda al-Askariya (algo así como “la base militar”) cuyo objetivo es la expulsión de EE.UU. de los países árabes. Historia archi-conocida por el lector, pero que Immerwahr articula con su propia narrativa para concluir que “las prisiones foráneas, los complejos amurallados, las bases ocultas, las islas coloniales, las estaciones de antenas de GPS, los ataques puntuales, las redes, aviones y drones, son los sitios e instrumentos de la actual guerra contra el terror. Esta es hoy la forma del poder. Este es el mundo que los EE.UU. hicieron”. (Immerwahr, 2019:390).

REFERENCIAS

Immerwahr, Daniel. (2019). *How to Hide an Empire. A History of the Greater United States*. New York: Farrar, Straus and Giroux.

Grandin, Greg. (2019). *The End of a Myth. From the Frontier to the Border Wall in the Mind of America*. New York: St Martin's Press.